





# *La ejecución de la estatua*

AMÍLCAR OSORIO



LETRA X LETRA

—NOVELA—

Osorio, Amilcar

La ejecución de la estatua / Amilcar Osorio. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2018

244 p.; 24 cm. -- (Letra x letra)

ISBN : 978-958-720-494-0

1. Novela colombiana. I. Arbeláez, Jotamario, 1940- pról. II. Tít. III. Serie

C863 cd 23 ed.

O837

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## La ejecución de la estatua

Primera edición: abril de 2018

© Amílcar Osorio

© Editorial EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-494-0

© De la Presentación, Eduardo Escobar

© Del Prólogo, Jotamario Arbeláez

© Del Epílogo, Juan José Cadavid Ochoa

Coordinación y nota editorial: Felipe Restrepo David

Asesoría: Eduardo Escobar y Jotamario Arbeláez

Corrección y cotejo: Álvaro Molina

Apoyo: María Adelaida Chaverra Restrepo

Diseño y diagramación: Editorial Artes y Letras S.A.S.

Imágenes de carátula y guardas: Foto cortesía de Eduardo Escobar,

Imagen de Shutterstock

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

*stanza*

*en los muros blancos  
yace la sombra de la fuente  
que viene desde el patio,  
su agua insurgente  
que refrescara la galería.*

*en la hornacina está olvidada  
la cabeza en yeso de un muchacho,  
una caja sin fósforos, una cadena pequeña.*

*el piso cruje  
en las horas de la tarde.*

*Amílcar Osorio*



## PRESENTACIÓN

*Eduardo Escobar*

*La ejecución de la estatua* es una novela singular primero que todo. Como corresponde al más singular de los escritores del nadaísmo que es su autor. Quizás sea necesario situarla dentro de las llamadas novelas colombianas de la violencia. Y quizás es necesario decir también que no se parece a ninguna de las conocidas dentro de ese subgénero.

Amílcar Osorio rehuyó lo sensiblero, lo obvio, lo fácilmente conjeturable. Y en consecuencia su libro, que en efecto habla y describe ese período deprimente de la historia del siglo veinte colombiano, pretende ser al mismo tiempo el admirable ejercicio de estilo de un muchacho que junto a gonzaloarango, como entonces se firmaba, inventó el nadaísmo en la ciudad más pacata de Colombia, enorme sepulcro blanqueado entonces y ahora.

El relato adopta una variante joyciana del tiempo que consiste en restringir, exprimir y comprimir un presente sin fondo, el presente, mejor dicho. Supongo que la novela transcurre en el Jericó de la Madre Laura y de Manuel Mejía Vallejo, y que cuenta un solo día, como el libro máximo de Joyce, o en todo caso el más famoso de sus poemas: un solo día atroz, como inventado por el diablo.

La novela también debe considerarse como una manera de ostentar la ambigüedad de una personalidad. Conocí bien a Amílcar, nos quisimos

entrañablemente desde que éramos dos adolescentes descentrados en la ciudad de Medellín, sin destino y sin ganas de nada, al borde del comienzo de la década de los 60. Y porque lo conocí puedo afirmar, me siento autorizado, que le gustaba lo ambiguo, y sobre todo posar de ambiguo, porque a veces podía ser tierno y claro, y las cosas de doble fondo.

Debo decir antes de que el lector lo descubra por sí mismo que el título de la novela no alude a la creación de una estatua, no existe una ejecución de la estatua, sino más bien a su fusilamiento. Que otros se encarguen de indagar si el libro es una metáfora del complejo de Edipo de Rubén Amílcar Osorio, como creo que en realidad se llamaba. El hecho es que a lo largo del día de mercado de menjunjes de indios y de verduleros y carniceros, y farmacopistas y músicos y soldados, como era en esos pueblos de Antioquia de la segunda infancia del autor, el hecho es que a lo largo del día que cuenta el libro, se prepara la destrucción de la estatua, más bien. El destrozo de la estatua culmina, libera el agobio que es también un placer, el placer de la poesía.

Y juro que mi encomio no está comandado por el amor que siento por este nombre, uno de los muertos de mi predilección. Y que no estoy mintiendo si digo que Amílcar Osorio tenía algo de genio: en todo caso poseyó el genio de la tristeza que nos privó de una obra más vasta porque a veces asumía la forma de la indolencia y el pesimismo radical. Y el genio del amor: porque eso fue lo que más buscó este solitario que a veces escribía cosas como *La ejecución de la estatua*, para no reventar en el asco de la soledad, que refinó en sus lecturas de Heidegger y Sartre y Abagnano, un autor que trajinamos juntos en una adolescencia remota.

A pesar de los cuentos y de las colecciones de poemas inéditos casi todos todavía, a sus amigos nos hubiera gustado conocer más de su capacidad creadora. Por lo pronto solo queda agradecerle este libro extraño sobre la violencia que jamás llora ni cae en lo patético mientras al mismo tiempo explora el lenguaje popular y el lenguaje refinado como por ejemplo al hacer el censo de los instrumentos musicales de ese día infeliz que nos cuenta.

## PRÓLOGO

### Amílcar, el personaje

*Jotamario Arbeláez*

Uno de los elementos impactantes del primer nadaísmo fue la firma de su segundo fundador, Amílcar-U, tanto como su deslumbrante poema “Plegaria Nuclear de un coca-colo”. Tal vez por ello nos rebautizamos Jaime Jaramillo y yo, X-504 y J. Mario. Gonzalo nos rompió lo que escribiéramos hasta entonces y U nos señaló cómo continuar.

Muchos de los observadores y seguidores del Nadaísmo sostienen que el exseminarista de Jericó, nacido de padres antioqueños en Santa Rosa de Cabal y en el presente el menos divulgado de la pandilla –aunque para los que lo conocen o lo recuerdan es un autor de culto–, fue el mejor de todos nosotros. El más culto, el más talentoso, el más ambicioso. El excéntrico. Y eso que todos, desde un comienzo, aupados por el “profeta”, quien de esa manera nos capturó de por vida, nos sentíamos pichones de genio. Genios brutos. Que ya tendríamos tiempo de cultivarnos.

A los diecinueve años parecía haber leído todos los libros, por lo menos los que afaná de la Librería Aguirre, donde se desempeñaba como librero precoz. Y donde descubrió para sus amigos a Maikovski y a Marinetti, mientras en la intimidad se solazaba con Wallace Stevens y con John Donne. De la lectura de la joven escandalosa francesa Françoise Sagán

adoptó el seudónimo de Claudia Santamaría, de quien publicó una serie de cuentos deslumbrantes en la revista *Cromos*.

Fue la mano derecha y la pluma fuente de Gonzaloarango en la elaboración de los manifiestos. Este lo llevaba por las calles atado de una cadena al cuello y así lo sentaba en el mosaico de los cafés, como un perro, para pasmo o sorna de los parroquianos. Era un acto más de soberbia que de humildad. Quien debería sentir vergüenza era el amo. Pues nunca condescendió con el humanismo que inflamaba al “profeta”. Él quería conducir a su generación por otro sendero, igualmente sin meta pero tal vez más mórbido que satírico. Ni siquiera le interesaba la revolución. Él prefería la abyección, “hacer monstruosa el alma”, como predicaba Rimbaud, ser el francotirador en la torre.

Eso, más algunas indelicadezas rampantes ante el probo Gonzalo, enemigo número uno de la humanidad pero de una ética a prueba de balas, los llevó a separarse. Como varios nadaístas de entonces,<sup>1</sup> Amílcar marchó a los Estados Unidos. Allí se integró con algunos beatniks que andaban haciendo el camino, con algunos vagabundos del Dharma de la montaña, con algunos santones zen de los altos hornos. Entre ellos Allan Wats, promotor del Zen, David Howie y Renée Frey, John Sirio, Jim Taylor, Bob Dylan, Allen Ginsberg, Gregory Corso. En ese tiempo escribió una novela que vino a dar a nuestros Sagrados Archivos, *La ejecución de la estatua*. Inédita, como casi todo lo suyo. Desde hace casi cincuenta años ando con ella como un trofeo o un tesoro, buscando quien la lea o quien la publique. La he perdido por años y la he llorado como a una novia pero la he vuelto a encontrar. Es una asombrosa novela de la violencia en Colombia, escrita con referencia a las maromas lingüísticas de Joyce y el rigor detallista de los objetualistas franceses, y viene a ver la luz apenas cuando en Colombia se columbra la paz. Trabajada y lograda por un nadaísta, precisamente.

---

<sup>1</sup> Malmgren Restrepo, Alberto Escobar, Jaime Espinel, José Rafael Arango, de Medellín; Álvaro Medina, Rafael Vega Jácome, de Barranquilla; Dukardo Hinestrosa, Leandro Velasco, Armando Romero, de Cali.

Casi todos los nadaístas en tránsito tratamos de seguirle en su destreza literaria y sus desplantes, por lo general con menor fortuna. Se nos hacía que su estilo era rutilante, con influencias depuradas dada su rigurosa bibliomanía. Andaba siempre con un lujoso tomo de Rimbaud empastado en francés. Traducía a los surrealistas, en especial a Bretón y a Peret. Devoró *Lolita* de Nabokov, de la que hizo una parodia con un niño como protagonista gay. Fue quien nos repartió a todos ejemplares dudosamente adquiridos de *El cuarteto de Alejandría*, ese tratado del amor moderno de Lawrence Durrell, que nos dejó “profundamente herido el sexo, profundamente herida esta conciencia, profundamente herida la manera de comer”, como el mismo Amílcar cantara. Y de paso allí se encontró con el viejo poeta de la ciudad, con Constantino Kavafis, de quien hizo impecables traducciones y convirtió desde entonces en nuestro compañero de farras.

Solo dos libros, casi opúsculos, alcanzaron a publicarse, antes de que sospechosamente se lo tragara la laguna “La Oculta”. *Vana stanza, diván selecto*, poemas elaborados entre 1962 y 1984 y *El yacente de Mantenga*, replicado después como *Gato o soledad en la lluvia*, con cuentos elaborados en diferentes épocas. Cuando los publicara en los suplementos de los periódicos se le consideró un genio sin antecedentes en la literatura colombiana, lo que lo llevó a inferir que sus compatriotas eran unos imbéciles y por eso también se fue. Su primera novela, de altos ribetes sicalípticos, *Súbete en todo mí*, escrita durante la gira que los nadaístas realizábamos por Colombia en 1960, se la hizo quemar por impropio un aseñorado español ante quien nuestro portento se descubriría, como los demás de la facción sodomita de Medellín. Su obra recuperada es copiosa y exuberante. Está a salvo en la Biblioteca Piloto, de Medellín. Cubre todos los géneros.

El día que se conozca, y ya llegó el día con su novela principal, gracias a la solícita Editorial EAFIT, va a resucitar entre el público el “imbécil” concepto –según él, que era irónico– de que era un genio. Bien merecido se lo tiene.



## NOTA EDITORIAL

La historia editorial de *La ejecución de la estatua* podría ser una fascinante crónica: en 1968 fue finalista del premio Seix Barral de novela; Amílcar, para entonces, tenía veintiocho años: se conocían sus cuentos y poemas, y sus excentricidades como nadaísta. *La ejecución* no fue publicada ese año, ni tampoco lo sería en las siguientes décadas. Pasó por varias manos y, podría suponerse, por una que otra editorial; los que la conocían, en esa clandestinidad que empezó a crearse a su alrededor, hablaban de ella con entusiasmo, y algunas veces se comparaba, en la forma, con las técnicas que había probado Joyce en *Ulises* (1922) y *Finnegans Wake* (1939). Ahora se publica, cincuenta años después, solo que ronda una inquietud que no termina de resolverse: por qué tantos años inédita esta novela. Una respuesta salta a la vista, y es que no se creía en su valor “comercial” porque *La Ejecución*, más que una novela experimental, es una obra que lleva la lúdica creativa hasta ese lugar en el que el fragmento, lo laberíntico, el caos, la polifonía, el contrapunto y los cruces se convierten en la propia estructura; por eso, quien pedía de *La ejecución* aquella sucesión clásica de los hechos, unos tras de otros, no encontraba más que simultaneidad y paralelismos en los tiempos y los espacios. Dice Jotamario de *La ejecución*: “Quién sabe cuántos años la trabajó con dedicación enjundiosa, rodeado de poetas *outsider* y maestros zen [...], por medio siglo ha pernoctado en la mesa de noche de todos mis enganches sentimentales y la he perdido por años y vuelto a recuperar, y la he entregado a editoriales que la devuelven, considerándola un hueso

duro de roer, pues entre una novela de la violencia –que era lo que se esperaba en Colombia de los escritores de garra– y un *Ulises*, cosa que no espera nadie, nuestro hombre se fue por un *Ulises* de la violencia. Una violencia tal de salvaje que luego de la masacre en el pueblo de Saldeguaca se termina ejecutando la estatua de la Madre en la plaza”. *La ejecución* es una novela de múltiples escenografías en las que Amílcar fue el escritor y artista que ya era e, incluso, el que llegaría a ser, por el riesgo y la libertad de una prosa que solo hacía concesiones a la potencia de su expresión.

*La ejecución* sobrevivió como “manuscrito”: la copia que llegó a la Editorial EAFIT da cuenta de una batalla que no podía ganarse. En esos cincuenta años, no solo fue leída, sino que fue intervenida; algunos de sus lectores (amigos y conocidos), suponemos que después de la muerte de Amílcar en 1985, se tomaron la licencia, por afecto o deber literarios, de tachar algunas partes, agregar otras, y hasta reordenar, en aquello que juzgaban como el más “correcto” sentido para la comprensión, que tenía que ver con la idea de “aclarar” la lectura, hacerla coherente. Como editores, sabemos que es un gesto más que comprensible: se trataba de un manuscrito susceptible de ser “mejorado”, y mucho más si sus lectores también eran escritores, poetas y narradores; solo que partimos de un principio, que a veces por obvio solemos olvidar: si presentábamos la novela con esas “intervenciones” había ya otro estatus, el de la “reescritura”, el de la “coautoría”, y eso significaba publicar “otra” novela. Así, para esta edición, omitimos esas “tachaduras” y quisimos presentar la novela en la que podría ser su versión “primera”, o, al menos, la versión que pudo haber tenido el mismo Amílcar, aquella de 1968. De esa versión, además, nos propusimos respetar el más importante aspecto que puede respetarse en un manuscrito: su estilo; justo ahí vive la voluntad creativa del escritor; por eso nos abstuvimos de “actualizar” su gramática: tratamos de comprender su “naturaleza” y desde allí editar, corregir, diagramar, incurriendo, como advertimos, en someter la novela a los corsés de un manual de estilo; en otras palabras, evitamos la tentación de domesticar, o al menos no del todo, la escritura de Amílcar, pues ella brilla en su espontaneidad. Como se verá, *La ejecución* comienza con

esta frase (en minúscula): “pueblo trazado...”; y termina en un artículo: “aparecen en los”. Es decir, iniciamos una novela que tuvo su principio mucho antes, y luego al final somos abandonados por ella, pareciera que la historia continúa sin nosotros. *La ejecución*, toda ella, quiere destruir la obsesión de la totalidad; prefiere la parcialidad, los días que no acaban, las superposiciones de la realidad y la ficción, de las maneras de narrar y de ver.

Finalmente, nuestro mayor desafío: descifrar el paso del tiempo en la copia mecanoscrita que nos llegó; muchas de las páginas mostraban una tinta desleída, quizás, desde el mismo original, como si se tratara de un palimpsesto que hubiera sido raspado en ciertas partes para ser nuevamente escrito. Tras esos cincuenta años, *La ejecución* es una novela que había comenzado a desaparecer. Entonces, con delicadeza y resignación ante esa voluntad lúdica de Amílcar, procuramos completar algunas de esas palabras y conservar el sentido “incorrecto” de muchas otras. Tal vez, con más información, teniendo a mano la posibilidad de comparar varias “copias” (las más cercanas al original), y con muchos más datos de los protagonistas de esa “crónica editorial”, pudiera algún día editarse una versión “crítica” de *La ejecución de la estatua*, que ya comienza a hacer parte de unos de los capítulos más cautivantes de la historia literaria y estética de Colombia: el nadaísmo.

*Felipe Restrepo David*

*La ejecución  
de la estatua*

PUEBLO TRAZADO EN LA COMARCA, techos negros, patios blancos, estatua de La madre acariciando al hijo de mármol que adelanta un paso sobre el pedestal para bajar al parque, luz de velas sobre los chorros de sangres que saltan del cuello de los novillos, el alarido descendiente, el sudar; cerrados los portones y las puertas que dan a la plaza, solo dos postigos dejan entrar la oscuridad, el del teniente y el del padre coadjutor; sobre el polvo rociado de la calle suena el agua, una bandada de brujas escupe desde el cielo, el gallo del gallero canta atado a lo que fuera un estantillo en el patio trasero y empedrado, la intensidad del coro se expande, las tapias multiplican los ecos, el grupo de cantantes en las calles, aumentando a cada paso; don Laureano Lleras entra en su cantina, ajusta la puerta y se pone a lavar los últimos pocillos que de la noche anterior quedaron sucios, asientos de azúcar, cadáveres de moscas, las copas de los aguardientes, los plásticos de los pasabocas. “¡Ya entró en la agonía, bendito sea el Señor!”, exclama en voz baja doña Raquel, hermana de doña Lía, viuda de don Genaro Restrepo, agonizante víctima del cáncer; don Evaristo, quien a más de ser el fontanero es hojalatero y maestro de albañilería, abre la puerta, quitadas las trancas, echa a andar por la falda, asegurada la cerradura con la llave que más que artefacto no es sino un detritus de herrumbre, la deposita en uno de los amplios bolsillos de sus pantalones holgados, jadeando cardiacamente repara las cuentas de achiras en su camándula y dirigido al tanque de las aguas; dos hombres primero se levantan, el-que-apaga-las-luces y el-que-surte-el-agua, don Evaristo el fontanero, Gilberto Arredondo, el que sale por la puerta de su casa con el palo terminado en gancho para separar las conexiones eléctricas. “¡Acuso las cuarenta!”. “Otra vez volviste a ganar y este es el último porque va a amanecer”. El calor, la luz, un liviano viento amontona las estrellas últimas en cualquier periodo del mundo, la luz malva manifiesta al borde de los montes en los

cerros, al otro lado de la cordillera un incendio que se refleja en el cielo, verti caen dos o tres aerolitos, se inclinan matutinas centellas, evanescen cuasistelas, se pagan pulsares, epitelio, carnes, hemorragia, nervios que se retraen en los músculos, tendones, manares de burbujas escarlata que se precipitan en las vasijas chispeando por la luz que viene de las candelas, su reflejo en los cuchillos, vaho acosado de los novillos, rictus de los cuellos, ruptura de las cervices, quebrantar de huesos; adelante van los acólitos bamboleando los incensarios, cabeceando crucifijos y cantando, descenden las escalas del atrio seguidos por el reverendo y la imagen, detrás las velas flatulantes y las voces, sepelio madrugador o procesión báquica: tejiendo van guirnaldas/ llenándolas de amor/ tejiendo van guirnaldas/ llenándolas de amor/ oh celeste aurora/ dame tu fulgor/ oh celeste aurora/ dame tu fulgor/ tejiendo van guirnaldas/ llenándolas de amor/.

Idolillo gótico de la Virgen de Fátima, género y enigmático, cristiano, siniestro y blanco al regreso hay más hombres, más mujeres, más niños, sobre todo más niños y el Reverendo sube al atrio, atediado, las escalas, ni una luz se ve en el horizonte, las candelas están medias, las tres puertas del puerto, abiertas; en el volumen de oscuridad que la plaza encuadra renglancillos de viento brincanean acariciando los troncos de los árboles, palmoteando las hojas, silbando y fantasmear, enriqueciendo el rocío, condensándose en el rostro de las estatuas; placas de latón marcan los números de las puertas, aldabones zoomórficos reposan contra las hojas, grafitos ilegibles en varios zócalos y en las puertas mismas (sin luz para descifrarlos), muescas de balas en las tapias, varas cuadradas sobre el empedrado para las mesas, los pies, los cascos, los tejidos, las pieles, los costales con grano, las legumbres frescas; el agente 223247PM llega por la esquina sureste, la de la calle Real mira hacia la Caja de ahorros, hacia el parque, es algo que se mueve, no más que el viento, tira la colilla de su cigarrillo en un sumidero y taconeando atraviesa la calle del Camino viejo, se detiene, mira hacia donde ha venido y girando casi marcialmente camina por el costado oriental, se para al llegar al camión frente a Transportes de las Montañas, levanta la lona e inspecciona el interior, los dos muchachos están dormidos; en la Vecina población dos moradores

cruzan la plaza, suenan varios disparos, caen al empedrado, frente a la casa cural, en sus cédulas de ciudadanía consta que se llaman Virgilio Garcés de treinta y cinco años y Luis Gilberto Arredondo, homónimo del-que-apaga-las-luces, de cuarenta y ocho, ambos de filiación liberal, soltero el uno y padre de varios hijos el otro (serán traídos a Saldeguaca en el camión platanero de Pasolento o Saldarriaga, dado que en la población vecina no hay ni alcalde ni juez, es necesario este viaje a cargo de Filiberto Saldarriaga, alias Pasolento, quien se dedica al acarreo de plátanos y muchachas entre un poblado y otro); el camión de Saldarriaga está en la calle del colegio público, en frente del cual vive Emilia, su moza, con quien está acabando de pasar la noche que iniciaran bebiendo en el barrio de las putas; don Próspero el carnicero está en el degolladero sacrificando un ternero, en la casa de esquina, calle del Convento del Santo Sepulcro y en su cocina Rosa Emilia acomoda la hulla en los cuatro reverberos, atiza con una china que hace quince días le mandaron comprar ahí al frente no más, en el toldo de Hermenegildo, las llamas enrojecen sus carrillos y mentón en la oscura cocina que no está alumbrada, sino por las profusas chispas que saltan del fogón y que cuando alguna alcanza cualquiera de sus brazos Rosa Emilia maldice con unas palabras que hace tiempos aprendió en su vereda de origen; en la cama, calle cercana a la del Camino viejo, doña Rosa Emilia Peláez ronca estruendosamente, fetalmente hundida en el colchón que le quedó de su tía Emilia Rosa Rincón, vestidora de santos y adoratriz del Santísimo que murió de un vómito hace algunos años; Pedro Pablo el encerrador y paje reposa envuelto por sus inconscientes delirios en una alcoba de la planta baja, su verga erecta bajo la cobija, el túmulo cubierto con la lana de la cobija apunta al cielorraso envigado y con las vigas deslustradas, doña Emilia le ha rogado tanto a Heriberto para que venga a blanqueársela pero él siempre le dice que no tiene mucho tiempo, que mañana cuando acabe de blanquear lo de Restrepo, sí, que cuando acabe de blanquear lo de Restrepo vendrá con mucho gusto a encalarle las vigas de la pieza de Pedro Pablo y la otra de abajo, la que está junto al solar, pero Heriberto sabe muy bien que doña Rosa Emilia es muy amarrada y que no le pagará más de uno con cincuenta por todo ese trabajo que le puede gastar muy

bien toda una tarde; en el patio, varias ranas con sus espaldas cubiertas por el rocío duermen velan bajo las azaleas, rendidas de croar inútilmente por varios estancos nocturnos; don Eleuterio se inclina hacia la poceta después de abrir la canilla y mete su cabeza seca bajo el chorro que don Evaristo tan benevolentemente le acaba de deparar, jadea bajo el golpe helado del agua campesina y bacteriosa, aspira el perfume tibio que el fondo de la poceta emana, turbio, adoración de musgo pantanoso, tierra sedimentada y manteca de cerdo que se ha ido acumulando con las eternas lavadas de platos y ollas; el gallo canta avisando por los primeros, lejanos, suaves, ingenuos, reticentes, endomingados, montañeros, alegrantes, jubilosos, inmarcesibles, beneficiosos, matutinos, emperifollados, alboreantes, rosas que ayuntan en la sierra del horizonte; Plumasfieras canta amarrado al estantillo: cla cla claclarín, claclariiiiin; el enano ronca, una botija desinflándose, deventrándose, expeliendo el vino, vomitándolo, toda su flema se acomoda en la glotis y burbujea espesamente, al lado de su colchón y tirado en el suelo el cenicero emana un hedor a ceniza húmeda, tabaco y estearina derretida; Leonisa, apenas abre los ojos, se aprieta el vientre, se ausculta con su palma tibia, gesticula desesperanzada como si pensara en algo irremediable y apoyándose en las manos se sienta sobre la cama para persignarse: "... spiritusanto amén". Ágilmente descuelga las piernas hacia el piso, el frío de las baldosas le quema las plantas, un gesto entre pereza y desasosiego, pereza de levantarse adivinando que afuera hace mucho frío y llueve; Atehortúa cierra la puerta de su casa y se va al establo para asegurarse de que no le han robado las vacas, hace dos años le robaron una y estas sí no se las roban. "¡Cuatreros malparidos!". Observa el bulto blancuzco y dando por cierto que las vacas están aún ahí endereza sus pasos por la pendiente húmeda hacia la iglesia, corre para atravesar la calle, el alero no lo cubre más; doña Doloritas sale acompañada por Pacha, lo saludan en voz baja como si temieran despertar a los vecinos, la verdad es que se levantan muy devotas y como entrambas han hecho voto de silencio por virtud, prefieren hablar susurrando cuando es absolutamente necesario; un gallo canta, el otro vuelve a cantar y el otro, y el de más allá, y de solar en solar se forma un ciclo que va y viene, del solar de Plácido al solar de Benemérito,

del solar de Agustín al solar de Encarnación, del solar de Apulio al solar de Germán, del solar de las monjas al solar de los Guzmán, gallos irguiendo el cuello como que sumergidos en la noche se ahogaran, el búho emite su último currucutú y se escapa de la luz al desván de la casa de doña Concepción, una de sus veinte gallinas lo escucha de regreso pero parece sentirse segura en su gallinero de trenzadas cañabravas porque cubre de nuevo sus pupilas con el párpado rosado; la madre se contorsiona, don Vicente la calma poniéndole la palma en la frente, las monjitas respiran contenida y expectantemente, entre nerviosas y alegres porque un niño va a nacer; el sargento que no fue a la comisión se revuelve desnudo en la cama junto al cuerpo de Pubenza, agitado por varios zancudos que han instalado sus taladros en los brazos y el cuello, los hombros; de las chimeneas brincan las chispas y el humo del carbón de piedra queda en las colinas, el aire se ha limpiado de lluvia, si se pudiera ver, los tejados serían nítidos; don Evaristo sin soltar la camándula y sin menguar el jadeo mira con sus pupilas viejas el ojo del estanque, se inclina hacia la llave mayor y con gran esfuerzo la gira haciendo que la compuerta se separe, el agua fluye por el tubo mayor hacia Saldeguaca, se reparte por la red de la tubería hasta las canillas de todo el poblado, excepta la casa de don Jacinto beneficiada por un pozo artesiano, y la de Rosa Velásquez a quien no le dan agua dizque por puta y porque le contagió una sífilis a uno de los hijos de doña Bernarda de Andrade, presidenta consuetudinaria de la Sociedad de mejoras públicas y alcantarillado, la de Rosa Vélez por otras razones. “¿Vea, ent’oos ma’ana yo ‘uelvo po’ esas tripitas, no?”. “Sí Carolita, ma’ana mesmito t’ espero, pero vení tempranito porque vos sabés qu’ entre más tarde’ iay más trabaho”. “Ueno señor, hasta luegoito”. “Adiosito pues”. Carola recoge su costal y descalza camina sobre el empedrado sangrante y sangriento, enmierdado y mierdiento, se va tongonéandose y resbalándose y dando miradas a cada pocos pasos a Jairo que también se la queda mirándola y dándole “últimas” de enamorado de ojo; una recua de mulas entra por el camino de las Guaduas bajo los hijueputazos del arriero y los zurriagazos del zurriago:



“Ahentro hijueputas que ya llegamos”. Un olor a café húmedo se expande en derredor cuando las mulas se agitan, aroma de café, llaga, paja, sal, fósforo y chispas que sacan del camino las herraduras al golpear las piedras; Gilberto tira de otra conexión, se va la luz en la manzana del norte; la hermana Enriqueta de San Saturnino extiende sobre el altar los paños blancos y enciende las dos velas para la misa rezada en la capilla, las hermanas Julia de la Inmaculada Concepción, Sofía de San Tarsicio, la otra Julia, la de San Juan de la Cruz, Domitila de la Resurrección y la madre Valvanera de todos los Santos, arrodilladas rezan con sus vocecitas la hora prima del Oficio de María Santísima, sor Mónica de África, sor Pascuala de la Resurrección y sor María Magdalena trabajan afanosamente en la cocina: la una ablanda la masa para los panes, la otra sopla el fogón con la china y la última limpia el piso; siete enfermeras dan las cucharadas a ciertos enfermos y sor Cibalina de los Cinco Mil y Más Azotes aplica suero a don Crisóstomo Jaramillo quien está hospitalizado hace cuatro meses y de acuerdo con el Dr. Villa ha de morir en pocos días; el padre Zapata, capellán del Hospital y del colegio, se pasea gravemente por el corredor haciendo crujir las tablas y los soportes, lee la hora prima del Oficio Sagrado de Verano; Bernardo, somnoliento, percibe en su boca y garganta el acre sabor del guayabo y en su verga parada la mano de Enriqueta, voltea su cuerpo sobre ella y se despierta completamente con el frenesí de la eyaculación, se levanta con el chimbo aún parado y baboso y brillante, empieza a vestirse. “¿Qué horas son Quetica?”. “No sé, ya le he dicho que no me llame así. Por qué no se queda otro ratico?”. “No, no puedo, el padre no confiesa sino antes de la misa y creo que ya está muy tarde”. “Bueno hijo, entonces lo espero el sábado”. Don Felipe llega a la puerta de su tienda, mira hacia la torre del reloj, saca de su carriel la enorme llave y la introduce en la cerradura de la puerta verde que da a la calle del Santo Sepulcro o sea la que pasa en frente al templo, entra en la oscuridad olorosa y busca a tientas las trancas que aseguran la puerta de la calle del Camino viejo, y la otra, la que da casi a la esquina por la misma calle, enciende un bombillo, la luz natural es bastante escasa, se pone a contar los bultos de maíz que su hermano recibió por la noche; él maneja la tienda durante el día y su hermano después de las tres de la

tarde, hora en que don Felipe se siente muy cansado del trabajo durante todo el día y va a dar un paseo por la carretera o al café de Fabio a tomarse unos tintos, jugar un chico de billar porque según dice: “Uno tampoco se puede matar trabajando”. El enano en su ponchera tiene un vientre abandonado, a punto de estallar, bañado con la luz espesa y grasienta de la vela, un sucio ombligo lo remata, el ojo pardo de un cíclope que se ahogara en la ponchera de Mardoqueo, ciego, cíclope, círculo, ciclo bicicleta, ciclamen, clicio, clicli, cli, cla, clu burbujea la barriguita del enano rojo; don Evaristo se desliza por la barranca, gana el camino de piedra suelta y camanduleando y jadeando y respirocardeando se dirige a la aldea por la calle del Camino viejo, con intención de irse a la misa; el padre Noreña termina sus afeites, abre el breviario y se entreduerme en un asiento del corredor mientras el vientecillo frío que ha empezado a sacudir la amanecida golpea sus mejillas y sus violadas sienas de toro contenido (dentro le tiembla una mujer que suele expresarse con histérica vehemencia en el púlpito después de predicar los precios del café); Virgilio Garcés y Luis Gilberto Arredondo mueren por aguda hemorragia, el primero ha sido alcanzado por dos proyectiles de fusil, fusil como los de la policía, uno se le ha alojado en la silla turca y el otro después de perforar la femoral y romper el cóndilo del fémur ha tropezado con sus potentes ilíacos, al segundo lo han alcanzado cinco y aunque alguna sangre ha logrado salir por los orificios el resto ha inundado el bajo vientre, varias costillas destrozadas, rota la yugular y la gran cardíaca, cartílagos en trizas, uno de los proyectiles lo ha traspasado y se ha detenido en las escalas del atrio rompiendo un baldosín; una película de luz en el matadero cubre los cadáveres, y los movimientos de los matarifes y carniceros, las rellenaderas recogen la sangre en ollas y tarros, lavan las tripas y vociferan ofuscadas por el olor de la mierda, los orines, los excrementos diversos de los diferentes animales, los líquidos, los caldos orgánicos, Ramón descuartiza y tasajea el marrano; por los campos y hacia el río viene un verde, negreante a veces y amarilleante otras, brillante de rocío y evaporante, nítidos los árboles y los matorrales cubiertos con celofán de agua, viene el verde sobre las quebradas en donde lavan los cueros y casi hasta los bramaderos y los degolladeros en donde empieza el patio de

tierra parda y floja que en días de calor no es sino polvo amarillo que se levanta hasta los ojos, olor de humo, bramadera, picante en las pupilas, degolladera, color de humo, azul de firmamento; los jugadores de naipes / y los amantes recientes / dormitan al amanecer /ambos empiezan a perder / los unos el dinero/ los otros el placer; don Evaristo, refrescada la amplia calva con agua recogida, terciada la amplia ruana, con un detritus de herrumbre abre la chapa del portón, las claves hacen en el zaguán como si alguien en la noche intentara entrar para robar, suena el reloj despertador, los demás se levantan para el Rosario de la Aurora excepto el jugador, tejiendo van guirnaldas / llenándolas de amor /. “¿Qué horas son?”. “Las horas del Rosario de la Aurora, hay que correr”. Los jugadores las barajas amontonan, dos de los tres se despiden en voces muy bajas y llegando al zaguán se arropan en sus ruanas, y en saliendo a la calle la luz que proyecta el postigo los descubre en la oscuridad como a un par de embozados que madrugaron a delinquir; no bien dejan el foco, el rayo de súbito se apaga y sus dos siluetas negras se funden con el derredor, oh celeste aurora / dame tu fulgor /; Bernardo, apagada la lámpara, se tiende en el sofá para dormir un rato mientras los niños y la madre van al Rosario; el amante, por postrera vez, se agita sobre la húmeda carne de su Eleonora amada, el gallo del gallero, y el gallo del otro gallero, y el gallo del otro gallero, y el gallo del otro gallero también amarrado y cubierto con un costal en un cuarto de maderas sin pintar; don Genaro yace convulso aunque contenido sobre su lecho en el que por más de dos meses ha padecido el período agudo de su enfermedad, ya no tiene necesidad de confesarse ni de la aplicación de los Santos óleos pues el sacerdote se los untó a las once de la noche al creerse finalmente que estaba ya muriendo, aprieta el crucifijo que le han puesto entre las manos e inclina la cabeza, en la cocina doña Aurora ha puesto a hervir las infusiones de cidrón y café para las mujeres asistentes y excitadas; don Vicente Villa, el doctor, abandona el fórceps y levanta el cuerpo sangrante y mucoso que berrea entre la sala blanca y ante la sonrisa de las sores, la madre vencida; los mendigos Patecoca, Carenalga, Pategüinche, Patecuchara, el poeta y Ladrillo van saliendo de sus respectivas moradas con sus respectivos garrotes y costales y sus respectivas dolencias y